



MIGUEL RÍOS

COSAS QUE SIEMPRE QUISE CONTARTE

Miguel Ríos



Cosas que siempre quise
contarte

 Planeta

MI FAMILIA

*¡Qué tiempo el tiempo!
Cuando yo era el niño Dios.*

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ,
Cuando yo era el niño Dios

Nací el miércoles 7 de junio de 1944, el día después del Desembarco de Normandía, «el día más largo» de la segunda guerra mundial. Esa fecha, crucial para la consecución de la victoria aliada contra el nazismo, ha estado presente en mi biografía acompañándome como la efeméride más importante de mi infancia. Con el ardor guerrero de la niñez, alimentado por las historietas de los tebeos de *Hazañas bélicas*, fardaba entre los amigos de haber nacido un poco después del Día D. Hasta que mi propia vida fue tomando el relevo a la historia general, con mis pequeñas vivencias particulares, con mis primeros sueños, la leyenda de la segunda guerra mundial alimentó la fantasía de haber nacido en medio de la «madre de todas las batallas».

Sé, porque me lo han contado innumerables veces, que mi llegada a este mundo produjo una gran alegría entre los míos. Soy el menor de una familia con cinco hermanas y un hermano, y mi madre me tuvo en casa, como era común en aquellos tiempos. Digo que mi nacimiento trajo gran regocijo porque, según mis hermanas, me convertí en su juguete preferido. Mi madre, que ya había tenido nueve hijos, de

los que solo sobrevivimos siete, me aseguró que quedarse embarazada de mí fue una de las sorpresas más inesperadas de su vida. Tenía casi cuarenta años y el cuerpo molido de traer hijos al mundo, de criarlos en fatigosas condiciones, en casas sin comodidades y con el exiguo sueldo de mi padre, que trabajaba en un aserradero. Llegué muy descolgado de sus regulares partos anteriores, en plena posguerra, en los años del hambre, y durante el embarazo pensó que no iba a ser precisamente una bendición. Afortunadamente, ella vivió lo suficiente para saber que yo había venido al mundo con algo más que un pan bajo el brazo. Pero en aquellos días, con seis años de diferencia respecto a su último parto de mellizas, fui una equivocación. Aunque ahí estaban mis hermanas para festejar mi llegada, llenas de una ingobernable alegría, rifándose a su niño. Y hasta el día de hoy siempre me han llamado así: «el niño».

Mi padre, Miguel Ríos Granados, nació en Chauchina, un pueblo de la fértil Vega granadina. Un pueblo agrícola y anodino en el valle del río Genil, situado a medio camino de dos de las villas más famosas de la provincia: Santa Fe y Fuente Vaqueros. La primera, cuna de la hispanidad, y la segunda, cuna del poeta más famoso del siglo xx, Federico García Lorca. Coetáneo del poeta, nació en 1897, emigró a Granada después de hacer la mili y se colocó en el aserradero San José, en el barrio de La Caleta. Para cuando tuve uso de razón, mi padre ya era viejo. Diez años mayor que mi madre, estaba cascado por el asma y por los pitillos de picadura de tabaco Ideal, que él se liaba con una prodigiosa máquina que más parecía una fábrica en miniatura, con su tolva y un ingenioso dispositivo para el librito de papel de liar Bambú, que a cada vuelta de manivela escupía un cigarrillo casi tan perfecto como los del estanco. Murió, de un ataque al corazón, un domingo de septiembre de 1959, a los sesenta y dos años.

Lo recuerdo como un tipo serio. De escasa conversación. Sentencioso. Tímido como el labrador que fue en su juventud. Tenía fama de gran trabajador y de hombre formal. Mi madre me contaba que muchas noches llegaba a casa con los hombros en carne viva de cargar los troncos de los árboles en el aserradero. Por eso, cuando me concedieron la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo en 1999, le dije al ministro Pimentel que se la daba al Miguel Ríos equivocado, que el verdadero héroe de la clase trabajadora había sido mi padre. Mientras vivió fue el indiscutible rey de la casa, sin él pretenderlo. No sé si fue machista, por entonces de eso se sabía poco, pero mis hermanas hicieron todo lo posible para que lo fuera. Llegaba a casa y un revuelo de hijas lo asaltaba para hacerle la vida cómoda. Las pantuflas, el vasito de vino, el *Diario Hablado* de Radio Nacional, la comida lista para servir... Mi adusto padre se parecía ligeramente al Spencer Tracy manco de *Conspiración de silencio*.

Cuentan que fue un hombre con suerte. Aunque no tanto como su hermano mayor, Evaristo, al que le tocó el gordo de Navidad y se convirtió en uno de los ricos del pueblo. A mi viejo le tocó en un sorteo el derecho a vivir en el piso donde yo nací (una vivienda de las por entonces llamadas «casas populares»), y a adquirirlo con el tiempo, que no era poco. También era frecuente verlo entrar en casa con una cesta de Navidad, cargada de alimentos, sidras y turrone, que le había tocado en las rifas populares que se organizaban en el barrio. Entre reintegros y pedreas, lo más sofisticado que le tocó en una tómbola fue un magnífico y aparatoso gramófono de trompeta, que yo creo que tuvo que ver con mi afición por la música, y que oíamos algún domingo cuando venían visitas a casa. En él escuché por primera vez a Mario Lanza cantar *Granada*, de Agustín Lara. Me aprendí la canción y se la cantaba a mi madre, que, enternecida, me daba una peseta para chucherías o para te-

beos. Me gustaban *Zipi y Zape*, *Carpanta*, *La Familia Ulises*, *Los Grandes Inventos* de TBO... Teníamos otras «placas», así llamábamos a los discos de pizarra que giraban a setenta y ocho revoluciones por minuto. De entre todas, me estremecía con «La cama de piedra» de Miguel Aceves Mejía y aquello de «mi último adiós con mil balas». Mis hermanas bailaban entre ellas y se reían como locas, pero las agujas se despuntaban y después de un tiempo el gramófono cayó en desuso.

Como tengo dicho, mi padre fue parco en palabras. A mí no me habló jamás de nada que tuviera que ver con la vida, con la existencia. Es más, si tenía que regañarme, le decía a mi madre: «Nena, dile al niño que no cante cuando sube la escalera». Nuestros únicos momentos íntimos los tuvimos cuando regresábamos a casa a la hora de comer. Durante los meses de clase, solía recogerlo al salir del cole. Los Salesianos estaban muy cerca del bar donde se tomaba su vermut y de ahí subíamos juntos a casa por los primeros metros de la carretera de Murcia, popularmente conocida como «la Cuesta de los Cerdos». Era frecuente que en verano paráramos en un puesto de melones y sandías instalado bajo unos toldos en un chaflán a mitad de camino. Mi padre, con la pericia que da el campo, escogía la pieza, y yo la cargaba. Entonces esa sinfonía de pitidos que eran sus pulmones de asmático entraba en su apogeo y yo, angustiado, no decía ni mu. Una vez, muy exaltado, y sirva de muestra este botón para saber cómo se las gastaba el autor de mis días, se me ocurrió llamar su atención acerca de un cartelito pegado en la pared que anunciaba la actuación del popular cantaor y humorista Emilio *el Moro*. Mi padre paró en seco y me dijo: «Niño, el nombre de los tontos está escrito en *toas* partes».

Fue un buen hombre, amante de su familia y amado por ella. Con su ejemplo, también cumplió con creces su

cometido como padre: proveer, dentro de su modestia, de todo lo necesario para hacernos buenas personas como él. Con su manera poco expresiva, me mostró su cariño, y puedo decir que nunca fue arbitrario como los padres de entonces, que parecían los dueños de las vidas de su prole. Nunca se señaló por acción contraria a la buena educación, y se las tuvo tiasas con mi hermano Paco —catorce años mayor que yo— cuando quiso sacar los pies del plato. Solo un suceso, algo surrealista, alteró su biografía de hombre corriente, y ocurrió después de muerto. Resulta que mi padre echaba su partidita de dominó los domingos después de comer en el bar Antonio, el bar de nuestros encuentros. Y allí le pilló la muerte. Un infarto fulminante; los amigos de la partida lo llevaron al Hospital Clínico, a escasos metros de distancia del bar; mi hermana Meli, que pasaba por allí cuando arrancaba el coche en el que se llevaban a mi padre, subió despavorida la cuesta de casa para dar la mala nueva; yo recibí el encargo de buscar en el estadio de Los Cármenes a mi hermano, que asistía al partido que jugaba el Granada contra el Español, y corrí con él los escasos cien metros que nos separaban del hospital; mi padre tumbado en la fría losa del forense; mis hermanas mayores Mari y Nati traspasadas de dolor, «niño, súbete a ver cómo está mamá»; mi madre con Antoñi y Tere, las otras dos hermanas que faltaban en el fresco de la ruina de mi casa, hechas polvo, con un dolor que traspasaba los tabiques y que ponía en pie de ayes toda la casa. Fue un mazazo que me dejó atontado, insensible a tanto dolor. Vagaba por la casa mientras escuchaba las frases con las que mis hermanas se consolaban y consolaban a mi madre, que no comprendía cómo nos había cambiado la vida en aquella tarde de domingo.

Los adolescentes de aquellos años contábamos poco en las decisiones que se tomaban en el seno familiar. Era un mundo de mayores. La infancia no tenía el prestigio que

luego le dieron los grandes almacenes. Y aunque con quince años se era más adulto que ahora y hacía unos meses que trabajaba de aprendiz en los Almacenes Olmedo, no se me requirió para nada que no fuera estar al margen y llevar recados. Recorrí varias veces el camino entre el Clínico y mi casa, a escasos cinco minutos corriendo, mientras entre el duelo de mis hermanas se colaba un deseo: «que a mi padre no le hicieran la autopsia, que mi madre no lo viera destrozado». Así que mi hermano consiguió que el médico de cabecera de mi padre le diera un certificado de defunción. Pero el problema era cómo lo velábamos en casa. El cadáver no podía viajar ni en ambulancia ni en otro transporte que no fuera un coche fúnebre, y el domingo por la noche no había funeraria que diera ese servicio. Como mi hermano había sido taxista y tenía amigos hasta en el infierno, convenció a un antiguo colega, a pesar de que podía perder la licencia si lo pillaban, para sacar el cadáver, antes del rígor mortis, y llevarlo como si solo estuviera enfermo. Ya en casa, salvada la fatigosa subida de los dos pisos, alumbrado por la oscilante penumbra de los cirios, rodeado por un coro de plañideras, mi padre tuvo un velatorio como Dios mandaba entonces. En su casa, con su familia, con sus vecinos, con sus amigos. Claro que, conociendo su aversión al escándalo, si mi padre se hubiera visto en esa circunstancia, se habría muerto de vergüenza.

Años después vi la película mexicana *Mecánica nacional*, de un ayudante de Buñuel llamado Alcoriza, que, en la línea esperpéntica de algunos filmes del maestro, pero sin su enorme talento, contaba las peripecias del traslado de una anciana muerta como si estuviera viva. Pero lo nuestro se encuadró más en el neorrealismo italiano.

Un largo tiempo de luto cayó sobre mi familia. En Andalucía el luto era una cosa sagrada, tanto que hasta mi hermana Nati tuvo que retrasar un año su boda, fijada an-

tes del óbito para fecha cercana. Durante dos años, hasta el alivio de luto, en mi casa se tiñeron de negro todas las prendas susceptibles de serlo, para honrar la muerte de mi padre. A mí me pusieron un brazalete negro en las chaquetas e iba al trabajo con corbata negra. No se iba al cine, ni a la feria ni a ninguna manifestación de tipo lúdico por la que los vecinos pudieran afear tu conducta. Saltarse el luto estaba muy mal visto. Era un tiempo en el que el «qué dirán» reglaba las vidas de la gente decente.

Para mí, mi madre, Antonia Campaña Ortiz, quizá por el absentismo paterno, siempre había sido la voz de ordeno y mando cotidiana. En esa nebulosa que es la infancia, la recuerdo como la diosa que repartía por igual caricias y castigos. Una mujer implacable que calzaba el treinta y siete y que, cuando cometías una barrabasada, no tenía pega alguna en dejarte el número de su zapatilla estampado en la nalga, por más que le prometieras llorando que no ibas a hacerlo nunca más. Que cuando era una niña salió de su pueblo, de Loja, en la segunda década del siglo pasado y que pasó el calvario de llegar a Granada con una familia que tenía que buscarse la vida. Solo al final de sus días, cuando la demencia senil empezó a desarmar la fortaleza de silencio tras la que había escondido las penurias de su infancia, me contó cosas que callo, porque sé que ella nunca las dijo para que fueran contadas.

Mi madre, a la que siento que quise menos de lo que ella me quiso, como siempre ocurre con las madres, pudo joderme la vida y no lo hizo. Pudo cortarme las alas y me dejó volar. Una lágrima suya me habría desarmado y esa torrentera que es el llanto de una madre me habría hecho naufragar en el mediocre mar de la tranquilidad que era mi futuro en Granada. Una lágrima de chantaje emocional y me habría derrumbado. Un «niño, es que tu sueldo hace falta» o un «ahora que no está tu padre, tú eres el hombre

de la casa» me habrían echado atrás. Y la verdad es que era cierto. Como aprendiz en los Almacenes Olmedo, yo ganaba cuatrocientas treinta pesetas del año 1961. No creo que la pensión que le dejó mi padre fuera mucho más cuantiosa; nunca lo supe. Pero, cuando le conté que quería dejar el trabajo para irme a Madrid a probar fortuna como cantante, solo me preguntó si lo había pensado bien, y comentó: «Con lo lejos que está Madrid, ¿qué voy a hacer yo sin verte, con lo chico que eres?».

Por mí hizo un acto heroico. Me salvó la vida. Para aquellos que duden de mis palabras, les contaré que, durante mis primeros años en Madrid, cuando vivía en pensiones no precisamente de lujo, mi madre, una mujer que nunca había salido de Granada, se montaba en un vagón de tercera, se pasaba toda la noche viajando en sus incómodos asientos de tablillas, me visitaba por sorpresa para ver si era verdad lo que le contaba en mis cartas y para echar el día conmigo, y esa misma noche tomaba el tren de vuelta a Granada. Esa actitud de gallina clueca alguna vez me causó más de un quebradero de cabeza.

Estaba pasando unos días en casa de mi amigo Giovanni —del que hablaré más adelante, cuando toque—, durante una temporada en la que estaba tieso de pasta. Aprovechando que en verano su familia se marchaba tres meses de vacaciones al sur, donde tenían tierras, me invitó a mudarme a su lujoso piso de la calle Goya; así me ahorraba la pensión. Serían las nueve de la mañana cuando sonó el timbre de la puerta y mi amigo entró en mi habitación y me dijo: «Hay una señora en el recibidor que dice que es tu madre». Me quedé acojonado, porque habíamos ligado con unas chicas de Guinea, en un club que se llamaba La Galera, y estaban sobadas en nuestras camas. Pegué un bote que casi se rompió la cama, me puse los pantalones a toda hostia y le dije a mi madre que esperase, que me daba

un duchazo y salía. Mi madre, que era una maníaca de la limpieza, quería hacer lo que siempre hacía cuando venía a verme: entrar en el cuarto, abrir la ventana, orearlo un poco, coger la ropa sucia y lavarla en la pila o en un barreño —en mi casa no había lavadora—, «y te dejo todo arreglado en una chispilla, hijo». Y yo: «No, mamá, que esta casa es muy grande y te vas a perder. —Y era verdad, el piso tenía un largo pasillo y siete u ocho habitaciones—. Salgo ahora mismo». Si llega a entrar en mi habitación y ve el panorama, le da algo y se muere. Solo con que hubiera entrado a la cocina y hubiera visto los platos amontonados de semanas, con la mugre de las latas abiertas y un enjambre de moscas dándose el festín, se habría mosqueado conmigo. Eso sí, después de limpiar. ¡Vamos!

Aquel día me había pillado. Con solo tres o cuatro horas de sueño, hice algo inusual en la rutina de las visitas sorpresa que me hacía de tanto en tanto. En vez de quedarnos en casa para que ella arreglara mis cosas o hablando con la patrona, para sonsacarle qué tipo de vida llevaba, me vi desayunando en una cafetería de la calle Goya. Antes de salir le dije a Giovanni —uno de los tíos más cachondos que he conocido en mi vida, 1,90 de altura, campeón juvenil de boxeo de Castilla; ¡en fin, una prenda!—: «Por lo que más quieras, chaval, hay que limpiar como sea. Llama a alguien, ¡que si no la tengo aquí todos los días!». Sabía que iba a tardar, si es que encontraba a alguien, así que, después del desayuno, nos fuimos al cercano parque del Retiro. Allí, sentados en las mesas de un quiosco, tomamos unos refrescos y, en el afán de estirar el tiempo, le conté a mi madre mil batallas inventadas y ciertas. Después de casi cuatro horas de palique, ayudado por el Bustaid, la llevé a comer a la cafetería California de la calle de La Salud, enfrente de Radio Madrid. Escogí ese sitio porque, como iba constantemente a la radio a promocionar los discos, el per-

sonal me conocía y me saludaba por mi nombre, y eso a mi madre le encantó. Su niño ya era alguien.

Volvíamos a Goya y, en previsión de que hubiera «moros en la costa», no usé las llaves y llamé al timbre. Me quedé a cuadros al ver a una de las guineanas abrir la puerta vestida con el uniforme de una de las mucamas de Giovanni. La chica me dijo con su inconfundible acento: «Pase usted, señorito Mike». Típico de mi amigo, que tenía una cara que se la pisaba y una gracia y un ingenio soberbios. Después mi madre inspeccionó el cuarto donde accidentalmente dormía y me pidió la ropa sucia. Me tiré el folio: «No, mamá, que aquí la lavan las chicas». Se echó una cabezadita en un sillón del salón, agarrada a su bolso, y tres horas antes de que saliera su tren decidió que nos fuéramos a la estación. Siempre decía lo mismo: «Vamos, niño. No vaya a perder el tren, que aquí ya lo he visto todo». Enfilamos para el metro que nos dejaría en Atocha. Mientras yo me hacía cruces y me partía de la risa por dentro recordando el arte de Giovanni para convertir un ligue ocasional en un cuerpo de limpieza —el tío me había dicho: «¡Al fin y al cabo se trata de un intercambio de polvos!»—, mi madre, agarrada a mi brazo como si alguien fuera a arrancarla de un tirón, sentenciaba: «Miguelín, esta es la casa mejor *costeá* que te he visto».

El hecho de que desde mis diecisiete años hasta su muerte a los noventa y dos solo hubiéramos convivido por cortos espacios de tiempo, hizo que nos tuviéramos un amor no desgastado por lo cotidiano. Pero en la distancia siempre estuvo a mi lado. La madre de mi infancia era una mujer que estaba en el centro del orden establecido en una casa habitada por chicas casaderas. Un universo cerrado en el que quien entrara de fuera corría el riesgo cierto de recibir las mordaces burlas de cinco chicas volcadas sobre unos bastidores en los que eternamente bordaban sus ajuares. La

alegría, las risas, las peleas, la habilidad para poner o ponerse motes, los cuchicheos cuando no querían que me enterara de algo, el rosario en familia, la novela de la radio... todo sucedía con el beneplácito de mi madre, y un mohín de su boca clausuraba lo que estuviera fuera de su orden. Fue una mujer de mucho carácter, que mandó en su familia hasta la tercera generación y hasta el día de su muerte.

Los Ríos, como nos llamamos los hermanos a nosotros mismos, fuimos apareciendo en escena según un guión escrito por la Divina Providencia, que es como se llamaba la planificación familiar entonces. Miguel, María, Carmen, Francisco, Natividad, Antonia, las mellizas Tere y Meli y un servidor. El primer Miguel y Carmen no sobrevivieron a la tremenda mortandad infantil de la época. Los demás crecimos con un gran sentimiento de clan, que ha hecho que nuestros hijos sigan unidos como una piña, con alguna pequeña excepción. Recuerdo mi infancia como una etapa alegre y nada traumática, a pesar de que fui un niño algo melancólico, sobre todo en los fríos domingos de los lluviosos inviernos de mi infancia. Con una familia tan numerosa y besucona, nunca tuve problemas para relacionarme con los demás.

Como he dicho antes, la niñez no pesaba en las familias de forma tan determinante como ahora, cuando hemos convertido a nuestros críos en pequeños dictadorzuelos del hogar. Yo podía ser el rey de mi casa o el último mono. Ser el séptimo hijo, el *rejún*, como decía mi padre, tenía la ventaja de una defensa, inmediata y contundente, si me metía en alguna disputa en mi bullanguera placeta. También el fastidioso inconveniente de ser el chico de los recados. Como por entonces no teníamos nevera, los alimentos no perecederos se guardaban en una alacena, y tan pronto como tuve edad para que no me engañaran en las vueltas, estuve a disposición de mi gente para ir a por todo lo inimaginable que

puede faltar en una cocina a la hora de hacer la comida. Afortunadamente, para los alimentos de más envidia, la carne, el pescado y cosas así, nunca tuve entidad. «Miguelín, que mamá dice que subas», escuchaba siempre que estaba a punto de marcar el gol de mi vida. Esa cantinela, o la de «niño, a la cama», es el recuerdo de mis pequeñas frustraciones infantiles. Quizá por eso siempre quise ser mayor. Me preguntaba qué sería cuando tuviera la edad de mi hermano. Cómo sería que nadie te mandara.

En aquel pequeño mundo de risas y susurros, de complicidades y exclusiones, los mayores, o sea, todos, me podían mandar a mi cuarto cuando no querían que me enterara de algo. Si creían que algo se les había escapado, un comentario irónico sobre alguna vecina, un chisme malediciente acerca de los noviazgos en ciernes que se daban en el barrio, aunque yo estaba casi siempre en Babia, me decían: «Niño, como cuentas algo, te enteras». Así que crecí sabiendo qué se podía decir y qué no. En mi casa había una afición a los cuentos de miedo y un dudoso placer por hacerme llorar. Para conseguirlo, y es la historia más remota que recuerdo, mis hermanas me atormentaban con el cuento de que yo no era hijo de mis padres. Una mujer muy pobre me había dejado en la puerta de nuestra casa y, como yo era muy *bonico*, a mi madre le dio pena y me había acogido. Yo corría llorando a cobijarme en su regazo, mientras, entre risas, las oía decir: «Mira, el tontillo se lo ha creído».

En aquel ambiente femenino fui aprendiendo a escaquearme y a no hacer mucho caso de la guasa con la que mis hermanas querían mosquearme para hacerme rabiar y luego consolarme amorosas, después de partirse de la risa. Eran muy teatreras y siempre estaban inventando cosas para divertirse, entre ellas y a costa de los demás. Una de las conversaciones más recurrentes, en las charlas de mesa camilla y brasero, era sobre las legendarias travesuras de mi herma-

no Paco. Me contaban sus hazañas, los apuros de mi madre para tapar sus ingeniosos desmanes y los castigos que mi padre tuvo que imponerle para parar su deriva.

A mis once o doce años, mi hermano me hizo una proposición que supuso el primer contrato de mi vida. Me pidió que fuera a cantar a un programa muy popular llamado *Los jueves infantiles*, en Radio Granada. Si le dedicaba mi éxito familiar, «Granada», de Agustín Lara, a una chica que pretendía, me daba tres pesetas. Así que para la radio me fui. Aquella tarde, después del cole tenía que hacer un *mandao* de casa, pasarme por Cáritas Diocesana, donde ocasionalmente solía recoger unas latas de queso, de leche en polvo y, cuando había suerte, de carne de caballo, que a mí me encantaba. Era la ayuda con que Estados Unidos se lavaba la conciencia por haber pasado de largo cuando el Plan Marshall y preparaba el terreno para plantar sus bases militares. Como nunca había estado en la radio y yo era muy cortado, fuera de mi barrio o del colegio, cuando subí las escaleras me temblaban las piernas. Entré en la emisora y el estudio estaba repleto de público y de madres que llevaban a sus retoños a mostrar sus habilidades. El programa no tenía muchas pretensiones y podía actuar quien quisiera. No te hacían prueba alguna; si lo hacías mal, el público se reía de ti y eso también daba juego. Las estrellas de la radio eran los locutores José del Real y Mercedes Doménech. Cuando me llegó el turno, estaba muy asustado y más colorado que un tomate, y tan aferrado a la cartera y a la maldita bolsa en la que llevaba la caridad norteamericana que no entendí lo que la dulce voz de la famosa Mercedes Doménech me preguntaba, y de corrido le solté que yo había ido a la radio a dedicarle «Granada» a la novia de mi hermano, porque me daba tres pesetas. Aquello, por lo visto, le hizo mucha gracia al respetable, que soltó una gran carcajada y un fuerte aplauso. Dejé la bolsa y la cartera en el suelo y canté. Me

sonó muy raro, porque nunca había oído mi voz amplificadada, y me pareció horrible. Mientras escribo me veo allí, con mi pantalón corto y esos jodidos muslos de chica, que tanta rabia me daban, escoltado por los bultos del subdesarrollo, y quiero salir corriendo. Pero no, me quedé y vi como la gente aplaudía mientras recogía mis cosas y me marchaba a casa.

EAJ 16 Radio Granada era la banda sonora de mi casa. Teníamos una radio Invicta con ojo mágico y un panel en el que aparecían escritos los nombres de las ciudades más famosas del planeta, por remotas que fueran. En las contadas ocasiones en que me quedaba solo en casa, movía el dial, cosa que me estaba prohibida, y lo paseaba muy despacio por la onda corta. El cuarto de estar se llenaba de pitidos, ruidos electrónicos, ráfagas de extrañas músicas y voces metálicas que hablaban en idiomas incomprensibles, que parecían decir que aquellas ciudades, por desconocidas que fueran para mí, existían. Helsinki, Londres, Dublín, Ámsterdam, Tánger, Burdeos y un sinfín de sitios raros, de los que nunca había oído hablar. El ojo mágico, un sintonizador que se iluminaba con más intensidad cuando el dial se posaba sobre una emisora, tenía la fría propiedad de la luz turquesa del rayo láser, que traería por primera vez a España cuando monté la gira *La Noche Roja*. La vida en mi casa se ajustaba al horario de la radio. Sabía que se comía con el parte, se merendaba con el rosario, se callaba con los seriales y me iba a la cama con *Cabalgata fin de semana*. Bobby Deglané, Pepe Iglesias *el Zorro*, Juana Ginzo, Vicente Marco, Alberto Oliveras —con el que años después actué en *Ustedes son formidables*, recabando donativos para no recuerdo qué causa— y muchos más se convirtieron en voces familiares a las que poníamos rostros imaginarios. Aquellas voces eran el sonido de la perfección. Su perfecta y refinada pronunciación, tan lejana de la tosca jerga local, les

daba categoría de semidioses y a nosotros nos hacía parecer mucho más catetos de lo que éramos.

La radio también traía canciones que resonaban en mi placeta poniendo algo de color en la soleada grisura de aquellos años. Los programas de discos dedicados llenaban las horas de una radio basada en el entretenimiento, en la que la información, política o de cualquier tipo, estaba monopolizada por Radio Nacional. Juanito Valderrama y Dolores Abril, Emilio el Moro, Concha Piquer, Juanita Reina y Antonio Molina eran los más demandados, pero a mí no me ponían. La gente se pasaba por la emisora y por una módica suma dedicaba una canción para el bautizo, la primera comunión, el cumpleaños y un sinfín de momentos señalados en la vida de los oyentes. Luego aparecería la modernidad con tipos como Bonet de San Pedro, Juanito Segarra, Jorge Sepúlveda, Lolita Garrido, José Guardiola, Los Cinco Latinos, José Luis y su Guitarra, y un largo etcétera que nos lleva al Dúo Dinámico, que fueron los que despertaron el fenómeno de las fans. Al margen de lo español, la música italiana, francesa y un poco la sajona se iban abriendo paso en la maraña de la censura que todo lo aislaba. Al final de la década de los cincuenta, el chileno Raúl Matas llegó a la radio: «La canción más dulce, la que llega al alma y la que llena de alegría la escuchará en *Discomanía*». Claro que entonces no sabía que, en unos años, iba a ser su amigo y a actuar en un programa de la tele presentado por él, al que llamaría *Cancionero y Sonría, por favor*.

Justo por ese tiempo, durante los últimos años del colegio, se me presentó una inesperada fuente de ingresos. Me convertí, por orden materna, en la carabina de alguna de mis hermanas más pequeñas. No sé si era que entonces se llevaban los noviazgos eternos o que mis futuros cuñados estaban tiesos y ahorraban para la boda, al tiempo que ellas preparaban el ajuar, pero lo cierto es que se tiraron años

«pelando la pava». Tan pronto salíamos de casa, me dejaba sobornar y corría a comprar tebeos o novelas del Oeste de Marcial Lafuente Estefanía, para perderme por las praderas de Laramie o cargarme a cinco o seis pistoleros en un *saloon* de Texas. Fue la única *literatura* que leí en mi niñez. Ni en mi casa ni en la de ninguno de mis vecinos vi jamás un libro. Nadie nunca me habló de Salgari, Stevenson, Julio Verne; vi *Veinte mil leguas de viaje submarino* sin saber que antes había sido un libro. Me aficioné años después a las novelas, en Madrid, cuando dejé de tener como urgencias impostergables comer y ligar.

*Vuelvo a Granada,
vuelvo a mi hogar.
Entre mi gente
encontraré la felicidad.*

MIGUEL RÍOS,
«Vuelvo a Granada»